

# Una Institución y un Largo Viaje

506

por Sebastián Salazar Bondy

Cuando fue fundada, hace veinte años, la Asociación de Artistas Aficionados, el propósito fundamental del grupo que se reunió bajo ese nombre era simplemente el de dar cauce y sentido a una vocación que, por circunstancias personales, no podía expresarse profesionalmente, es decir, como actividad esencial de cada uno. La sigla elegida, de otra parte, no llamaba a engaño. En 1938 nuestra ciudad despertaba de su modorra aldeana, sentía fluir por sus entrañas la sangre de la metrópoli futura, crecía en un desarrollo que era veloz y agitado. Todo núcleo humano, como es natural, necesita de la manifestación artística, pues la existencia esforzada deja un margen para esa expansión espiritual que compensa el derroche de energías físicas, que distiende la dureza del músculo y la mente práctica, que recoge en el remanso estético la crispación de la labor material. Años antes se había establecido la Peña Pancho Fierro, y aquí y allá la inquietud brotaba en núcleos y tertulias inspiradas por el deseo tanto de dar al arte un lugar en la vida ciudadana cuanto de buscar en él un lenguaje característico de lo peruano. La A.A.A. respondió a esta necesidad y en su pequeño local del Jirón de la Unión, en el corazón mismo de la ciudad creciente, dio comienzo a su tarea.

No cabe historiar aquí los veinte años de la institución. Más bien resulta propio señalar la evolución que ha experimentado presionada por el impulso de sus principales integrantes. De entidad que reunía "amateurs" se ha convertido en un foco artístico que ya podemos llamar profesional, aunque no sea el lucro, como es



evidente, lo que mueve a los que ahí, en el ballet o en el teatro, actúan. El fenómeno tiene una explicación lógica: cuando alguien siente el llamado del arte y deja que esa voz lo posea, no hay modo de impedir que el juego inicial se torne en acción básica. El entretenimiento se vuelca de pronto en compromiso existencial, porque el arte, al vincularse a las fibras íntimas del ser, no admite recortes o disimulos. El escamoteo en relación a él no puede prosperar.

La A.A.A. emprendió una labor y en veinte años la ha cumplido magníficamente, inclusive sobrepasando los desfallecimientos propios a toda aventura nueva y desinteresada. Hoy, tras su reciente temporada de ballet, que ha sido manifestación cabal de lo que consigue el fervor cuando no se amilana, y con la puesta en escena de "El diario de Ana Frank" en su tablado del Ji-

rón Ica, puede señalársela como la madura realización de un sueño que en el año 1938 era apenas alcanzable. El arte —repetimos— es absoluto, no perdona, obliga y hasta condena. Pero es una bella condena esta. Se puede decir que en la sala remozada de la vieja casona de Concha el espectador que haya seguido los pasos de la A.A.A. a través de estas dos décadas, tiene ahora la sensación de que la pasión de estos artistas es el fuego limpio que el primigenio rescoldo contenía. Esas llamas han sido avivadas por la lealtad con que cada miembro de la institución ha llevado a cabo, dentro del conjunto, su personal misión.

No hay milagros, y esto es precisamente lo que honra a la A.A.A. En una sociedad que se resiste, por el carácter mercantil y egoísta que la caracteriza más y más, a ser generosa, el desprendimiento de los promotores de la empresa —que bien podrían haberse dedicado, como tantos otros, a amasar millones— es un ejemplo que no abunda. Nuestro mundo está lleno de casos de gentes que defeccionaron, que en un momento dado se mutilaron espiritualmente porque escogieron, entre la vida cómoda del buen burgués y la difícil carrera del pionero espiritual, el camino menos escabroso, y cuya traición a sí mismos se distingue en los estigmas que los afectan. En la A.A.A., como en otras pocas entidades de Lima y provincias, están los que enfrentaron los tropiezos. No es preciso citar nombres, pero la historia cultural del país no podrá olvidar a quienes se impusieron el deber de darle a nuestra ciudad la vida artística que merecía. La obra no es pequeña ni está concluida aún. Estos veinte años de la A.A.A. son la primera etapa de un largo viaje cuya meta no es todavía visible. Eso no significa nada, pues el futuro está contenido en el presente y la aurora procede del fondo de las tinieblas.